Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

XIX Semana del Tiempo Ordinario

Sábado

Salmo 131

m00Ven, Señor, a tu morada. Ordinariamente, en todos los pueblos, el centro de la vida social de una comunidad, encontramos un Lugar, que evoca la presencia el misterio de Dios, precisamente un espacio para Dios, una morada para Dios. El hombre no puede caminar bien sin Dios, debe caminar juntamente con Dios en la historia, y el templo, la morada de Dios, tiene la misión de indicar de modo visible esta comunión, este dejarse guiar por Dios.

La segunda Persona de la Santísima Trinidad, que se encarnó en el seno virginal de María, como escribe San Juan en el Prólogo del cuarto Evangelio: "En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios... Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros. (Jn 1, 1. 14).

Por consiguiente, la verdadera morada de Dios en el mundo, no hecha de madera sino de carne y sangre, es la Virgen, que se ofrece al Señor como Arca de la alianza y nos invita a ser también nosotros morada viva de Dios en el mundo, como el evangelista san Juan afirma: "La Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros" (Jn 1,14), y añade: "a todos tos que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre" (ibíd. 1,12). Así, cada uno de nosotros, está llamado a decirle a Jesús: *Ven, Señor, a tu morada; o como dice aquel canto eucarístico, "ven a mi dulce pan de la vida…*

Ciertamente, cada uno debe dedicarse activamente a la construcción de la Morada de Dios, realizando nuestro trabajo diario como ofrenda a Dios y haciendo producir los propios talentos. Pero hemos de hacerlo recordando siempre que "si esta tienda que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en el cielo" (2 Cor 5, 1).

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)